

GELLNER 1997 – NACIONALISMO

Antonia Ruiz y Elena Ferri - 5 noviembre 2009.

En el libro se define el nacionalismo como “un principio político según el cual la semejanza cultural es el vínculo social básico”. El autor argumenta dos ideas fundamentales en base a la cultura que se relaciona directamente con el surgimiento del nacionalismo: La importancia de la homogeneidad de la cultura en el mundo moderno científico e industrial y el papel de la cultura, que pasa de ser un privilegio de unos pocos –en sociedades agrarias- a ser omnipresente del conjunto de la sociedad industrial. Pero en cuanto a ésta (la cultura), señala Gellner (1) que la transmisión cultural no se produce a través de la carga genética de los seres humanos, aunque ésta posibilite dicha transmisión, y que ello genera que exista gran diversidad cultural; y (2) que los rasgos culturales, aunque a menudo se experimenten como algo dado, pueden controlarse deliberadamente. (p.16-20).

Gellner comparte, parcialmente, la idea de que el nacionalismo es algo contingente, entiende que las naciones no son algo dado, sino una “creación”, de los Estados o de los nacionalistas (p.11). La tesis que defiende en su libro se sitúa, en realidad, en un punto intermedio entre los postulados primordialistas (denominados también “nacionalistas” en su trabajo), que entienden el nacionalismo como algo absolutamente natural y necesario,¹ y los postulados que consideran el nacionalismo como algo totalmente contingente, como un mero accidente ideológico.² En palabras de Gellner, “El problema del nacionalismo en general surge y se plantea sólo en un mundo en el que los Estados se consideran algo normal y necesario, y que este supuesto no es en absoluto *aplicable a toda la humanidad*”. (p.23)

Para Gellner, el nacionalismo es una consecuencia necesaria de ciertas condiciones sociales que se producen en el paso de una sociedad agraria a una sociedad industrializada (y, aunque esas condiciones están muy extendidas, no son universales). (p.24-34). En concreto, y coincidiendo con otros autores, señala que el nacionalismo fue posible cuando se generalizó el uso de la escritura y sus reglas y éstas se transmitieron luego, a través de la educación, al grueso de la población. Gellner señala que, al producirse este cambio, no surgió un único nacionalismo, como postulaban marxistas y

1 “En efecto, el nacionalismo se considera [a sí mismo] un principio universal, perenne y, por tanto, obviamente, válido. A tenor de este enfoque, resulta 'natural' que la gente quiera vivir con los de su grupo (...); lo consideran algo inherente a la naturaleza humana, o el principio mismo de la organización social” (p.24).

2 Cita de forma explícita a Kedourie quien afirma que el nacionalismo es una doctrina “inventada” en el siglo XIX.

liberales, sino un número limitado de “culturas superiores”³ con aspiraciones políticas (p.63-72). Además de la industrialización, aunque con un tratamiento menos profundo, considera la importancia de otros factores para explicar el nacionalismo: la burocratización y la religión de tipo protestante.

“La industrialización [es] el principal progenitor del nacionalismo. Una cultura móvil, que comparte una cultura superior (codificada, alfabetizada) y la utiliza como su principal instrumento de trabajo, no define los límites de sus miembros en función de cuál es su rango, sino cuál es su cultura (que hemos denominado 'raíces'). Esta pertenencia, o el conjunto de requisitos para ejercer esa pertenencia, se convierte en la posesión más preciada de una persona, ya que es prácticamente indispensable para el disfrute de todos los demás bien en o para el acceso a ellos. De allí que su principal preocupación política tenga que ser asegurar la congruencia de su propia cultura (superior) con la de las burocracias circundantes (que, en el mundo moderno, es casi seguro que emplea el mismo idioma) (...). De ahí que, si existe discrepancia entre los dos, entre su propio lenguaje y el de su medio social, se convertirá en asimilacionista o en nacionalista, o en ambas cosas a la vez” (p.137-138).

Dentro del nacionalismo, continua Gellner, “los principios de autoridad que existen entre la gente dependen, en lo que a su legitimidad se refiere, del hecho de que los miembros del grupo en cuestión pertenezcan a la misma cultura (o, dicho en lenguaje nacionalista, a la misma 'nación'). En su versión más radical, la semejanza cultural se convierte en la condición no sólo necesaria sino también suficiente de la pertenencia legítima al grupo (...). Las aspiraciones de los nacionalistas radicales quedan desbaratadas si su nación-Estado no logra reunir a todos los miembros de la nación y si tolera, dentro de sus fronteras, un número significativo de personas no adscritas a la misma, sobre todo si ocupan cargos de importancia” (p.19-20). Con otras palabras, “el principio nacionalista exige que la unidad política y 'étnica' sean congruentes (...). Exige que todos o casi todos los miembros de la unidad política posean la misma cultura, y que todos aquellos que tienen la misma cultura vivan dentro de la misma unidad política. Dicho llanamente: una cultura, un Estado” (p.88). Esta congruencia se consigue a veces mediante el olvido consciente de la diversidad cultural originaria, o bien mediante la limpieza étnica. Por el contrario, visualizar y enfatizar las diferencias

3 “A causa del trabajo que se lleva a cabo en su interior [de las sociedades industrializadas], necesita operar en el marco de una cultura superior. Estas culturas superiores sirven para establecer fronteras tanto culturales ('nacionales') como políticas al exigir que ambas sean lo más congruentes posibles”. La importancia de la cultura de masas deriva del carácter semántico del trabajo en las sociedades industriales: incluso para los trabajadores menos especializados su trabajo implica la decodificación de sistemas complejos de información. La lengua que se impone como lengua de trabajo para un grupo amplio de personas de alguna manera determina “la cultura superior”.

culturales de un grupo dentro de una unidad política suele tener el trasfondo político de aspirar a la independencia política de dicho grupo mediante la creación de una nueva unidad política.

Gellner señala que en las sociedades agrarias la similitud cultural no era un vínculo político, y que los vínculos políticos no precisaban de la similitud cultural. El tipo característico de unidad política consistía en un imperio trans-étnico que se sobre imponía a comunidades subétnicas diversas, utilizando a “locales” como agentes fiscales o representantes (p.46-51).

La existencia, y la importancia otorgada, a las semejanzas culturales entre un grupo de personas no es en sí mismo problemático. Pero Gellner señala que a menudo la concepción nacionalista incluye la existencia de un Estado centralizado. Lo que sería problemático es la asunción por parte de los nacionalistas de que los Estados son algo normal y necesario (p.22-23). De este modo, para los nacionalistas, la existencia de una nación (cultural) NECESARIAMENTE implica la existencia (o creación, en su ausencia) de un Estado que la represente y la encarne (una nación política).

Gellner distingue modelos de nacionalismo (cuatro zonas) en función de la forma en que se ha establecido “el matrimonio” entre cultura y Estado; y explica el paso de un sistema político no nacional a un sistema nacional poniendo como ejemplo la experiencia de Europa central y del Este. El proceso lo divide en diferentes etapas, concretamente cinco. En la última etapa llamada mitigación del sentimiento nacional, aparece algunas reflexiones sobre la disminución de la intensidad de los sentimientos étnicos en la vida política, así como el interés por averiguar ¿Por qué el nacionalismo es tan acusado en la primera mitad del S. XX?